Exactamente donde estás

Pensaban salir adelante por su cuenta.
No esperaban querer estar juntos.



Laura Bellini

Exactamente donde estás

Pensaban salir adelante por su cuenta. No esperaban querer estar juntos.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905005

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4

Capítulo 1 - Condiciones que no figuraban en el briefing 10

Capítulo 2 - Lo que no se ve 19

Capítulo 3 - Las cosas que no se pueden planificar 30

Capítulo 4 - Más allá del horario laboral 42

Capítulo 5 - Límites que merece la pena respetar 58

Capítulo 6 - El sonido que permanece 70

Capítulo 7 - El día después del beso 82

Capítulo 8 - En su mundo 90

Capítulo 9 - Lo que no haremos por separado 103

Capítulo 10 - No solo por un tiempo 115

Capítulo 11 - La cercanía también tiene sus reglas 128

Capítulo 12 - Cuando el silencio se convierte en una respuesta 138

Capítulo 13 - El precio de elegir juntos 150

Capítulo 14 - Lo que podemos perder 162

Capítulo 15 - Todo lo que no nos dijimos 173

Capítulo 16 - El lugar que queda vacío 188

Capítulo 17 - Dos ritmos diferentes 199

Capítulo 18 - El primer paso sin garantías 207

Capítulo 19 - No basta con querer 220

Capítulo 20 - Exactamente donde estás 232

INTRO

Tres semanas después de mi primer encuentro con Baltazar Król, el taller olía a cola de encuadernación, madera y café que llevaba mucho tiempo frío. Sobre la mesa estaban extendidas las páginas de nuestro álbum: fotografías de manos trabajando, muestras de papel y pequeños textos que había corregido tantas veces que empezaba a reconocer mis propias frases por su ritmo. Debería haberme sentido satisfecha. El proyecto por fin estaba tomando forma y yo sabía llevar las cosas hasta el final, incluso cuando exigían más paciencia de la que solía tener con las personas.

Aquella noche, sin embargo, me interesaba mucho más el sobre que había escondido debajo de mi cuaderno.

No era grande. Dentro había una notificación impresa que confirmaba la aceptación de mi candidatura para un proyecto de varios meses fuera de Poznań, con la fecha de inicio y unas condiciones que ya conocía casi de memoria. Tenía que enviar mi respuesta antes del viernes. Me quedaban dos días para firmar el contrato, organizar el viaje e informar a todas las personas que debían estar al tanto. La lista era corta. Baltazar no figuraba en ella.

Aquella oferta no había caído del cielo. Durante años había construido mi portafolio después de mi jornada laboral, aceptado encargos que otros no querían y aprendido a decir que no a aquellos que exigían que estuviera disponible las veinticuatro horas del día. Ese proyecto era el primero en mucho tiempo que me ofrecía no solo dinero, sino también espacio para trabajar a mi manera. Me encargaría de todo el proceso, desde el principio hasta

el final, sin correcciones ajenas que aparecieran en el último momento. Marcharme suponía un riesgo, pero también una oportunidad que me había ganado con mi esfuerzo. No pensaba renunciar a ella solo porque alguien hubiera aparecido en Poznań y, de pronto, una velada cualquiera pudiera adquirir un significado peligrosamente importante.

Me había acostumbrado a una vida en la que tomaba mis propias decisiones. Nadie me esperaba con la cena preparada, nadie me preguntaba a qué hora volvería y cualquier espacio libre en mi agenda me pertenecía. Me gustaba aquella libertad. A veces, incluso más de lo que estaba dispuesta a reconocer delante de mis amigos.

No era que Baltazar no tuviera derecho a saberlo. Simplemente, nunca habíamos acordado compartir planes que no estuvieran relacionados con el álbum. Esa era la versión razonable. La que me repetía desde el momento en que había visto su nombre en el mensaje de la editorial y había comprendido que nuestra colaboración duraría más de lo que había imaginado al principio.

Deslicé el sobre un poco más debajo del cuaderno cuando oí unos pasos en el pasillo. Baltazar ya no llamaba a la puerta con la misma inseguridad de sus primeras visitas. Dos golpes breves eran más bien un aviso cortés que una verdadera pregunta.

—¿Puedo?

—Si traes la muestra corregida, incluso deberías.

Entró con un paquete plano envuelto en papel gris. Llevaba una camisa oscura con las mangas remangadas y tenía un poco de polvo claro en uno de los puños, algo que no había advertido o que simplemente no consideraba

importante quitarse. Se detuvo junto a la mesa y miró primero las páginas extendidas y después a mí.

—No sabía que las diseñadoras de libros amenazaban a sus invitados antes de cenar.

—No es una amenaza. Es un sistema de motivación.

—¿Funciona?

—Depende de la calidad de la muestra.

Sonrió y sentí aquella familiar e inoportuna satisfacción que me producía ver cómo se suavizaban sus facciones. Baltazar no intentaba resultar encantador. No llenaba los silencios con bromas ni buscaba constantemente llamar la atención. Escuchaba antes de responder y solía recordar detalles que a los demás se les escapaban. A su lado resultaba difícil fingir que una decía algo únicamente por cumplir.

Desenvolvió el papel. Dentro había una cubierta de madera para el ejemplar de prueba, fina y acabada con una precisión extraordinaria. Había conservado el dibujo natural de las vetas en los bordes, en lugar de ocultarlo. Pasé un dedo por la superficie lisa, con cuidado de no dejar ninguna marca.

—Es preciosa —dije.

—Es funcional. La belleza es un añadido.

—Hablas como si no hubieras pasado medio día eligiendo el tono de la madera.

—No pasé medio día. Solo unas cuantas horas.

—Eso es completamente diferente.

Se sentó frente a mí. Durante un rato hablamos de las proporciones, del sistema de sujeción y de si el lomo

resistiría abrirse con frecuencia. Tenía razón respecto a la bisagra y yo respecto a la anchura del margen. Ya no necesitábamos explicarnos cada decisión desde cero. Aquella facilidad era una de las cosas que nunca había planeado que llegaran a gustarme.

Cuando se inclinó sobre la doble página, su brazo quedó muy cerca del mío. No llegó a tocarme. Tampoco hacía falta. Ya conocía su olor: madera, jabón y algo fresco que me recordaba al aire que entraba en el taller cuando alguien abría la puerta. Aparté una hoja para dejarle espacio, aunque había sitio más que suficiente.

—Has cambiado el orden de las fotografías —observó.

—Sí. Al principio quería mostrar las herramientas, pero ahora creo que es mejor empezar por las manos. El lector debería ver primero a la persona, no al objeto.

—Suena razonable.

—No te acostumbres. A veces también tengo ideas poco razonables.

—Me he dado cuenta.

Lo dijo con tranquilidad, sin burlarse. Lo miré, intentando decidir si se refería a mi costumbre de cambiar de opinión o a algo que todavía no se había atrevido a nombrar. Baltazar volvió la mirada hacia la fotografía de un lutier inclinado sobre la caja de resonancia de un instrumento. Siempre me daba tiempo cuando yo no quería responder. Empezaba a sospechar que aquella atención no era únicamente una de sus virtudes. También podía ser una manera de esconder sus propias preguntas.

—La editorial quiere cerrar la maquetación antes de que termine el mes —dije-. Si mantenemos este ritmo, llegaremos a tiempo.

—Llegaremos si no corriges cada pie de foto seis veces.

—¿Cinco bastarían?

—Podemos negociarlo.

Me reí y él me observó un segundo más de lo que exigía la conversación. Durante aquel instante pensé que podría hablarle del sobre. No tendría que explicarle todo el plan. Bastaría una frase: me han hecho una propuesta, me marcharé durante unos meses, todavía no sé qué ocurrirá después. No le pediría permiso ni consejo. Solo quería comprobar cómo sonaría la verdad pronunciada delante de él.

En lugar de hacerlo, cerré el cuaderno.

—Mañana tendré que marcharme antes —dije-. Tengo algunas cosas que resolver.

—Claro.

Respondió demasiado deprisa. No preguntó de qué se trataba. Tampoco intentó retenerme junto a la mesa, aunque hacía apenas un momento hablábamos como si aquella velada no tuviera final. Se levantó y empezó a doblar el papel gris, alisando cuidadosamente los pliegues.

—Deja aquí la cubierta. Por la mañana le haré unas fotografías con luz natural.

—De acuerdo.

—¿Y, Baltazar?

Levantó la cabeza.

—¿Sí?

Durante un instante tuve en la punta de la lengua una frase capaz de cambiar el rumbo de aquella conversación. Podría haberle preguntado si le gustaría saber adónde me

marchaba antes incluso de que yo misma tomara una decisión. También podría haberle dicho que ya no estaba tan segura de que aquel viaje me pareciera tan sencillo desde que había empezado a esperar sus visitas. Ninguna de las dos frases encajaba con las reglas que yo misma había establecido.

—Nada. Hasta mañana.

Asintió. Al llegar a la puerta, se volvió una vez más, como si también estuviera buscando las palabras adecuadas, pero al final se marchó sin pronunciarlas.

Me quedé sola con la cubierta de madera sobre la mesa y el sobre, cuya esquina volvía a sobresalir por debajo del cuaderno.

Tenía un plan. Era sensato, concreto y me pertenecía exclusivamente a mí.

¿Por qué, entonces, su silencio había sonado como algo que podía perder antes incluso de atreverme a reconocer que lo quería?

Capítulo 1 - Condiciones que no figuraban en el briefing

Entré en el taller de Baltazar Król con una carpeta bajo el brazo, dos impresiones del concepto del álbum y la convicción de que la parte más difícil de aquella reunión no duraría más de media hora. Ya había hablado con la editorial, tenía un presupuesto preliminar, un calendario y varias semanas de trabajo dedicadas a una idea que cada vez me gustaba más. Solo necesitaba la aprobación de un hombre cuyo nombre me habían recomendado como el de uno de los mejores lutieres de Poznań. En mi agenda había reservado cuarenta y cinco minutos para la reunión. Me había dejado otros quince por si surgía alguna negociación.

No había contemplado la posibilidad de que a mi anfitrión no le interesaran ni mi calendario, ni la editorial, ni siquiera el dinero.

El taller ocupaba una estancia en la planta baja de un antiguo edificio de viviendas, con unas ventanas altas que daban a un pequeño patio interior. Nada más entrar, percibí el olor a madera, barniz y algo ligeramente resinoso. A lo largo de una de las paredes había estanterías con tablones de diferentes tonalidades, cuidadosamente identificados con pequeñas etiquetas de cartón. En el otro extremo de la habitación se encontraba una mesa de trabajo y, encima de ella, una hilera de herramientas colgadas con tanta precisión que parecía que alguien hubiera diseñado su distribución con el rigor de un arquitecto. Allí no había objetos colocados al azar. Incluso el vaso con los lápices estaba exactamente junto al borde de la mesa.

El hombre inclinado sobre un instrumento no levantó la cabeza cuando entré.

—¿El señor Baltazar Król?

—Depende de quién pregunte.

—Inga Domańska. Llamé por lo del álbum.

—Lo sé. No se quede junto a la puerta. La corriente de aire molesta cuando se trabaja.

Cerré la puerta detrás de mí. Dejé el abrigo en el perchero y busqué con la mirada un lugar donde apoyar la carpeta. Entonces el hombre se incorporó y dejó la herramienta a un lado. Era más alto de lo que había imaginado, tenía el pelo oscuro con unas marcadas hebras grises en las sienes y un rostro en el que el cansancio no conseguía restar definición a sus facciones. No parecía alguien que necesitara que los demás confirmaran su valía. Más bien alguien que había dejado de buscar la aprobación ajena hacía mucho tiempo.

—Buenos días —dije.

—Buenos días.

Nos estrechamos la mano. La suya estaba caliente y era áspera en aquellos lugares que ningún cuidado personal podía llegar a suavizar. Su apretón fue firme, pero breve. Me indicó una silla junto a un pequeño escritorio.

—La editorial me dijo que quería hacer un libro sobre artesanía.

—Un álbum sobre el trabajo manual. No solo sobre los objetos, sino también sobre las personas que los crean. Sobre las decisiones, la técnica, el tiempo y todo aquello que no se aprecia en el producto terminado.

—Suena bonito.

—Gracias.

—No he dicho que vaya a quedar bien impreso.

Me detuve con una mano sobre la carpeta.

—Normalmente prefiero evaluar los proyectos después de conocerlos.

—Yo también.

No sonrió, así que durante un instante no supe si estaba bromeando. Decidí no empezar explicándole cómo funcionaba el mercado editorial. Extendí delante de él la primera lámina.

El álbum tendría una encuadernación elegante, pero sobria. Fotografías grandes, textos breves y un ritmo visual bien definido. No quería crear un catálogo de objetos ni otra publicación en la que la artesanía se presentara como una alternativa de moda a la producción industrial. Me interesaba lo que ocurría entre la primera idea y el objeto terminado. Las manos, las herramientas, los errores, las correcciones y las decisiones que no podían tomarse siguiendo unas instrucciones prefabricadas.

Baltazar examinó las láminas en silencio. No me interrumpió mientras le explicaba la estructura de los capítulos, el método de fotografía que proponía y el alcance de los textos. Me fijé en que se detenía más tiempo en una fotografía de un taller donde había varios objetos sin terminar sobre una mesa.

—¿Este es el tipo de fotografías que quiere? —preguntó.

—Sí. Quiero mostrar el trabajo, no solo el resultado.

—¿Y por qué están limpias todas las herramientas de esta fotografía?

Miré la lámina.

—Es una imagen de referencia.

—Entiendo. Es decir, han limpiado las herramientas, las han colocado y las han fotografiado para que parezcan utilizadas, pero no demasiado.

—No siempre es posible encontrar en un banco de imágenes exactamente lo que necesitamos.

—En ese caso, quizá valdría la pena venir a un taller de verdad.

Me recliné en la silla.

—Precisamente por eso estoy aquí.

—Pero no espere que reorganice mi trabajo para que todo quede bonito en el encuadre.

—No lo espero.

—Y tampoco voy a fingir que todos los instrumentos se fabrican sin cometer errores.

—Menos aún espero eso.

Por primera vez me miró con un interés más evidente.

—Bien. Porque la semana pasada hablé con un hombre que quería hacer una película sobre la artesanía tradicional. Le interesaba que mostrara únicamente los momentos bonitos. Tuve que repetir tres veces el mismo gesto porque la primera vez no le salió un plano lo bastante espectacular.

—No vamos a escenificar el trabajo.

—Todo el mundo dice eso al principio.

—¿Y todos los artesanos creen que los diseñadores quieren organizarles la vida?

—No todos. Solo los que ya han tratado con diseñadores.

Esta vez sonrió ligeramente. Fue un pequeño movimiento de la comisura de los labios, pero transformó su rostro más de lo que había esperado. No era un hombre especialmente hablador, aunque sabía escuchar de una manera que obligaba a expresarse con precisión. Empezaba a irritarme. Y, al mismo tiempo, me gustaba.

Deslicé hacia él la segunda lámina. Mostraba una propuesta de doble página dedicada al proceso de fabricación de un instrumento de cuerda.

—Me gustaría dedicar uno de los capítulos principales al trabajo con la madera. No a una descripción general, sino a un ejemplo concreto. Desde la elección del material hasta los últimos retoques.

—¿Qué instrumento?

—Depende de cuál considere usted que sería el mejor ejemplo.

—Los instrumentos no se eligen pensando en un capítulo.

—¿Y en qué se eligen?

—En la persona que va a tocarlos. En sus necesidades. En sus manos. En la forma en que escucha el sonido. Se puede fabricar un instrumento precioso que no sea adecuado para un músico concreto.

Anoté aquella frase en el margen. Baltazar advirtió el movimiento de mi bolígrafo.

—¿Ya está tomando notas?

—Es una buena idea.

—No la anote todavía como una cita. Primero habrá que comprobar que realmente he dicho eso.

—¿Y cómo puedo comprobarlo?

—Viniendo, escuchando, observando.

Durante unos instantes nos miramos por encima de las láminas extendidas. No había nada especialmente extraordinario en su propuesta y, sin embargo, por primera vez desde que había comenzado la reunión sentí que estábamos hablando de lo mismo. No de promocionar la artesanía ni de hacer un libro bonito, sino de algo que para él tenía un valor real.

—También me gustaría hacer algunos retratos —dije.

—No me gustan las fotografías.

—No es necesario que le gusten.

—Entonces, ¿para qué hacerlas?

—Porque no quiero que el álbum sea una colección de manos anónimas. Quiero mostrar a las personas que están detrás del trabajo.

—No todo el mundo quiere verse impreso en papel.

—No pienso obligar a nadie.

Acercó una de las láminas. Durante un momento contempló la figura de una persona de pie junto a una mesa de carpintero.

—¿Y si me niego?

—Buscaré otra solución.

—¿Sin intentar convencerme de que estoy perdiendo la oportunidad de mi vida?

—Sin eso. No estoy aquí para venderle sueños de fama.

—Bien. No tengo tiempo para la fama.

Me eché a reír antes de poder contenerme. Baltazar también sonrió, esta vez con algo más de naturalidad.

En ese momento entró en el taller una mujer con un bolso grande colgado del hombro. Lo saludó y dejó una pequeña caja sobre el escritorio.

—Te dejo esto, lo que habíamos comentado. Échale un vistazo cuando tengas un momento.

—De acuerdo, gracias.

La mujer me miró con curiosidad educada.

—¿Un proyecto nuevo?

—Quizá —respondió Baltazar.

No había entusiasmo en su voz, pero tampoco rechazo. La mujer se despidió y salió. Me di cuenta de que Baltazar esperó a que la puerta se cerrara antes de retomar nuestra conversación.

—¿Tiene muchos clientes? —pregunté.

—Los suficientes.

—¿No le preocupa que participar en el proyecto le quite demasiado tiempo?

—Me preocupa más que alguien me quite el tiempo y después convierta mi trabajo en algo que no quiera firmar.

Fue lo primero que dijo sin protegerse detrás de una respuesta evasiva. Comprendí que no se trataba simplemente de que no le gustara ser fotografiado. Quería tener la seguridad de que no acabaría convertido en un elemento decorativo dentro de la historia de otra persona.

Cerré la carpeta, pero no guardé las láminas.

—Le propongo algo diferente. Empezaremos con una visita de prueba, sin ningún compromiso de publicación. Me mostrará el proceso y yo le presentaré una propuesta de

doble página. Si considera que no entiendo lo que hace, daremos por terminada la conversación.

—¿Y si yo considero que usted no entiende los libros?

—Entonces tendré que esforzarme más.

Me observó durante varios segundos. No había hostilidad en su mirada, pero tampoco una aceptación fácil.

—¿Siempre negocia así?

—Solo cuando un proyecto me importa.

—¿Y este le importa?

—Sí.

—¿Por qué?

La pregunta me sorprendió más de lo que debería. Podría haber respondido que el tema era interesante, que la editorial disponía de un presupuesto razonable y que el álbum encajaba bien en mi portafolio. Todo habría sido cierto, pero ninguna de aquellas respuestas expresaba lo que realmente me atraía.

—Porque estoy cansada de los libros que fingen que las cosas se hacen solas. Quiero mostrar a las personas que les dedican tiempo, conocimientos y paciencia. Quiero que quien coja esta publicación vea algo más que un objeto bonito.

Baltazar asintió, como si estuviera considerando mi respuesta.

—Mañana trabajo desde las ocho.

—Puedo estar aquí a las nueve.

—A las ocho y media. Después empezaré a trabajar en un instrumento y ya no tendré tanto tiempo.

—De acuerdo.

—Venga sin fotógrafo.

—No tenía intención de traerlo.

—Y sin un guion fotográfico preparado.

—Eso será difícil.

—En ese caso, inténtelo.

Me levanté y recogí mis materiales. Cuando fui a buscar el abrigo, vi que Baltazar había regresado a la mesa de trabajo. No me acompañó hasta la puerta, pero tampoco había desprecio en aquel gesto. Parecía, sencillamente, que había vuelto a la actividad que había interrumpido.

—Hasta mañana —dije.

—Hasta mañana, señora Inga.

Fuera, el aire estaba más frío que por la mañana. Saqué el teléfono y abrí inmediatamente mi calendario para cambiar dos reuniones. Modificar los planes no debería haberme sorprendido. En mi trabajo tenía que adaptarme constantemente a personas que no funcionaban según los horarios de una oficina editorial.

Aun así, mientras caminaba hacia el coche, volvía una y otra vez a su última pregunta. ¿Por qué me importaba tanto aquel proyecto?

Conocía la respuesta. Sin embargo, no pensaba admitir que una parte de aquella curiosidad empezaba a tener que ver también con el hombre que estaba sentado junto a la mesa de trabajo y que era capaz de cuestionar con una sola frase un concepto cuidadosamente preparado.

Al día siguiente descubriría si sabía trabajar con alguien que no tenía ninguna intención de ponérmelo fácil.

Y si realmente quería que me lo pusiera.

Capítulo 2 - Lo que no se ve

Llegué a las ocho y veinticinco. No me gustaba llegar tarde, pero todavía me disgustaba más presentarme demasiado pronto en lugares donde no sabía si mi presencia era bienvenida. Esta vez decidí no poner a prueba la paciencia de mi anfitrión. Llevaba un pequeño cuaderno, una cámara fotográfica y una hoja impresa con una propuesta sobre el alcance de nuestra colaboración. No había traído el portátil ni una carpeta llena de imágenes inspiradoras. Baltazar había dejado bastante claro que no necesitaba otra presentación.

La puerta estaba entreabierta. Llamé y entré unos instantes después.

—Puntual —dijo sin apartar la mirada de la mesa.

—¿Es un cumplido?

—Una constatación de un hecho.

—Me sirve.

Sobre la mesa había una tabla de madera de un tono claro, ligeramente dorado. Baltazar trabajaba sobre ella con una herramienta pequeña, realizando movimientos tan tranquilos y regulares que durante unos instantes olvidé para qué había venido. No había nada de teatral en sus gestos. No estaba haciendo demostraciones para una observadora. Cada movimiento tenía un propósito concreto y sus manos se detenían exactamente donde debían para comprobar el resultado.

No quería interrumpirlo. Me quité el abrigo y lo dejé en el perchero.

—Puede acercarse —dijo al cabo de un momento-. Pero no toque la superficie.

Me situé al otro lado de la mesa.

—¿Qué tipo de madera es?

—Abeto.

—¿Para la tapa armónica?

—Sí.

—Parece diferente a las fotografías que he visto.

—Porque las fotografías suelen mostrar instrumentos terminados. Aquí tiene un material que apenas empieza a contar su propia historia.

—¿Siempre habla así?

—¿Así cómo?

—Como si la madera tuviera sus propias opiniones.

—A veces las tiene. Solo hay que saber cuándo dejar de ignorarlas.

Dejó la herramienta a un lado y deslizó la tabla hacia mí, sin permitir que la tocara.

—Mire a contraluz.

Me incliné. En la madera distinguí unas líneas finas e irregulares que antes habría considerado imperfecciones.

—¿Es un problema?

—No. Pero hay que saber qué hacer con ellas. No se elige un material únicamente porque tenga buen aspecto. También importa cómo va a comportarse.

—Es decir, la primera decisión se toma incluso antes de empezar el trabajo propiamente dicho.

—La primera decisión llega cuando uno deja de pensar que todo se puede arreglar más adelante.

Anoté la frase. Esta vez no protestó.

Le pregunté si podía hacer algunas fotografías. Aceptó con la condición de que no le pidiera repetir ningún movimiento. Preparé la cámara, elegí el objetivo y empecé con un encuadre amplio que mostraba la mesa, las herramientas y la luz que entraba por la ventana. No quería fotografiar únicamente las manos. Prefería captar la relación entre la persona y el espacio en el que trabajaba.

Baltazar no prestó atención a la cámara. Volvió a su tarea y yo pude observarlo sin necesidad de mantener una conversación. Me fijé en que dejaba cada herramienta siempre en el mismo lugar, pero aquello no parecía un ritual rígido. Simplemente sabía dónde la necesitaría unos instantes después. Cuando dejaba de trabajar, no era porque algo lo hubiera distraído. Se detenía para comprobar el resultado.

Al cabo de unos quince minutos, apartó la tabla.

—¿Y qué ve?

Bajé la cámara.

—A un hombre al que no le gusta que lo molesten.

—Eso ya lo sabía ayer.

—A un hombre que no tiene prisa solo porque alguien esté esperando un resultado.

—Mejor.

—Y a alguien que se toma el material más en serio de lo que la mayoría de la gente se toma el producto terminado.

—No es una mala respuesta.

Me senté en una silla junto a la pared. Hice algunas fotografías más de las estanterías, las pequeñas herramientas y las etiquetas de cartón con sus identificaciones. En una de ellas aparecía una fecha de varios años atrás. Le pregunté por ella.

—El material estaba esperando su turno —explicó-. No toda la madera está preparada para utilizarse inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo puede esperar?

—Depende de lo que se quiera fabricar y de cómo se haya preparado.

—Así que la paciencia forma parte del oficio.

—La paciencia forma parte de muchos oficios. Solo que no todo el mundo tiene la posibilidad de aprovecharla.

No le pregunté qué quería decir con aquello. En lugar de eso, le mostré la primera selección de fotografías en la pantalla de la cámara. Las fue pasando lentamente y se detuvo en aquellas en las que se veían sus manos. No hizo ningún comentario de inmediato.

—No muestra toda la mesa.

—Porque entonces desaparecería lo más importante.

—¿Y qué es lo más importante?

—Aquello en lo que usted está concentrado en cada momento.

Me miró por encima de la cámara.

—Observa bien.

No respondí. Recibí aquellas palabras con más satisfacción de la que debería. En mi trabajo los elogios no eran raros, pero normalmente se referían al resultado. Allí

alguien había reparado en la manera en que yo llegaba a una solución.

Nos trasladamos al escritorio, donde extendí la hoja con mi propuesta de colaboración. No quería dejar para más adelante la conversación sobre las condiciones. Sabía que, si íbamos a crear algo juntos, teníamos que establecer nuestros límites antes de acostumbrarnos a la presencia del otro.

—Propongo que tratemos esta parte del álbum como una historia independiente —empecé-. No como un catálogo de instrumentos, sino como el relato de un proceso. Desde la elección de la madera hasta el instrumento terminado. Con textos, fotografías y breves comentarios técnicos.

—¿Y los demás artesanos?

—Tendrán capítulos independientes. Cada uno dispondrá de su propio espacio. Sin embargo, no quiero que todos sigan exactamente la misma estructura. En su caso, lo más importante será el proceso de fabricación del instrumento.

—No quiero hablar de ningún cliente en particular.

—No tiene por qué hacerlo.

—No mostraremos ningún instrumento cuyo propietario no haya dado su consentimiento.

—Por supuesto.

—Y tampoco aparecerán nombres.

Anoté las siguientes condiciones.

—Consultaré con usted el material técnico antes de publicarlo. No quiero cometer un error que después pueda repetir alguien que utilice el libro como fuente de información.

—Bien. Pero tampoco quiero corregir sus textos desde el punto de vista literario.

—No se lo pido. Usted responde de los hechos y yo de la forma de presentarlos.

—¿Y si la forma de presentarlos no es honesta?

—Entonces hablaremos.

—Eso no es una respuesta.

Dejé el bolígrafo sobre la mesa.

—No voy a prometerle el derecho a aprobar el libro entero. Soy responsable de la edición y de la forma definitiva de la publicación. Lo que sí puedo garantizarle es que no publicaré información falsa sobre su trabajo ni utilizaré las fotografías de una manera con la que no estemos de acuerdo.

Me observó durante un buen rato. Tuve la impresión de que no estaba evaluando tanto el contenido de mi respuesta como mi capacidad para mantener mi postura cuando alguien no la compartía.

—Es decir, que no tendrá la última palabra —añadí.

—No necesito tener la última palabra. Necesito saber que la primera será escuchada.

Aquella frase me hizo detenerme un instante. No había reproche en ella ni un intento de conseguir ventaja. La había pronunciado con tranquilidad, como si estuviera describiendo una condición sin la cual ninguna colaboración tendría sentido.

—Entonces podemos trabajar —respondí.

Deslicé la hoja hacia él. Añadimos algunos puntos más: las fechas de las visitas, la posibilidad de interrumpir las

fotografías, la prohibición de interferir en sus encargos privados y las condiciones de utilización del material promocional. Baltazar no quería que su nombre apareciera en anuncios antes de haber visto la parte terminada del álbum. Acepté. Por mi parte, necesitaba tener acceso al taller en horarios acordados para no construir todo el concepto a partir de visitas improvisadas.

—La editorial querrá un calendario —dije.

—Que lo tenga.

—Tendré que facilitar fechas concretas.

—Le diré cuándo puedo trabajar.

—¿Y si alguna fecha coincide con el plan de producción?

—Entonces buscaremos una solución. No le prometeré que cambiaré el orden de mi trabajo por el álbum.

—No se lo estoy pidiendo.

—Bien. Porque no lo cambiaré.

Lo miré con fingida seriedad.

—Es usted un colaborador difícil.

—Todavía no hemos empezado.

—Precisamente, ya hemos empezado.

Esta vez sonrió con más claridad.

—Tiene razón.

Durante la siguiente media hora hablamos de la primera fase de la documentación. Baltazar propuso que empezáramos por la elección del material y la preparación de la madera. Me explicó que algunos trabajos requerían un tiempo que no se podía acortar ni programar con precisión horaria. Así que acordé acudir dos veces por semana y organizar las visitas adicionales según el avance del trabajo.